

INDHIRA JACOBO

iOye,
bombón!



¡OYE BOMBÓN!

*Este relato va dedicado a mi Emma
(ROSSANA AÑAZCO) y a todas sus
Emmas.*

*Amigas que siempre estarán ahí para
ustedes, cueste lo que cueste.*

*A Rocio Reyes,
A ustedes mis lectoras.*

Un fuerte abrazo,

Indhira

INDICE

[CAPITULO 1](#)

[CAPITULO 2](#)

[CAPITULO 3](#)

[CAPITULO 4](#)

[CAPITULO 5](#)

[CAPITULO 6](#)

[BIOGRAFÍA](#)

[NOTAS](#)

CAPITULO 1

—Me encanta, me encanta —

murmuro para mí misma al terminar de aplicar mi pintalabios rojo mate.

Miro mi cabello y contemplo las

ondas perfectas. Tengo el pelo liso y pasé una hora con la tenaza para obtener este resultado.

¡Estoy eufórica! Hoy voy a salir a celebrar mi cumpleaños; no cumplo veintiséis hasta mañana, pero como todos los años lo paso con mi mamá y los pesados de mis tres hermanos he decidido salir hoy sábado a festejarlo con mis amigos.

Guardo el tubo de labios en mi bolso de mano negro y le echo una ojeada a mi vestido rojo, según los expertos de la moda es el color de temporada.

Suena mi teléfono mientras estoy embobada mirando mi atuendo.

—¡Hola nena!

—Hola cariño, —me saluda Samia

— ya estoy aquí.

—De acuerdo bajo en dos minutos

—replico antes de colgar.

Guardo el Samsung en mi bolso y giro una vez más sobre mis zapatos negros Jimmy Choo. Son hermosos, cómodos y me costaron un dineral, no obstante, valen cada centavo.

«Nada que envidiarle a Carrie Bradshaw» —pienso con una sonrisa.

Le pedí a Samia que pasara por mí ya que esta noche pienso beber hasta que se olvide el nombre y lo que no pueda tomar me lo pienso untar porque hoy es mi noche y me la pienso gozar.

En primer lugar, pensé en pedirle a Carlos que me viniera a buscar dado que llevamos unos cuantos meses saliendo, saliendo no.... más bien follando como locos, pero luego me lo pensé mejor y me arrepentí; no quiero que se haga falsas ideas.

Acordamos que lo nuestro seria solo sexual, nada de compromisos y me

va bien de esa forma. Cuando tengo ganas de pasar el rato, lo llamo, echamos un buen polvo, de esos que me gustan, salvajes, duro y ya está. No quiero que eso cambie.

Ni siquiera se lo he contado a las chicas, si lo hago se van a poner pesadas con el temita; me van a cantar las cuarentas y no habrá quien las detenga.

Entro en el salón buscando las llaves, pero como cada vez, no las veo por ningún lado. Creo que es tiempo que empiece a usar el portallaves que Adri

me regaló hace unos meses.

Después de buscar durante casi diez minutos, les echo las manos bajo una montaña de papeles sobre mi escritorio y salgo flotando sobre mis adorados zapatos.

La noche me espera.

Bajo la escalera, salgo a la calle y me recibe el calor asfixiante. Ya sé que estamos en verano, pero coño son pasada las nueve, la noche debería estar más fresca.

Visualizo el Fiat Punto azul oscuro de Sam frente a mi edificio; en cuanto

repara en mi baja el cristal del coche y lanza un silbido de admiración.

—¡Oye bombón! —me grita Miguel desde el asiento del copiloto—. ¿Quieres una bola?

Me río y camino en dirección del carro contoneando mi cadera al mismo tiempo que balanceo mi melena castaña clara suelta. Toda digna de uno de los Ángeles de Victoria Secret.

Al llegar, apoyo la mano en la puerta del conductor y me inclino ligeramente.

—No lo sé —digo con mucha

chulería—. ¿Qué me ofreces?

—Una noche llena de alcohol, baile, sudor y quién sabe... —replica con una sonrisa maliciosa a la vez que se encoge de hombros—... puede que sí te portas bien encuentres algún guapetón que te eche un buen polvo de regalo de cumpleaños.

Me río más fuerte.

—Si lo pintas así, quien podría negarse.

Me incorporo y entro en la parte trasera del coche.

—Me sorprendes —dice Samia en

cuanto me acomodo en el asiento a través del espejo retrovisor.

Lleva el pelo liso, es la primera vez que se lo plancha desde el accidente, siempre lo lleva rizo para ocultar la cicatriz que tiene en el cráneo.

—¿Por qué? —inquiero.

—Aposté diez euros con Miguel a que tardarías una hora en bajar.

Entorno los ojos. Siempre lleva claro que llegaré tarde.

Al final eso de “crea fama y acuéstate a dormir” me precede.

—¡Híjole! Pero si estás rechula mi

reina.

Me carcajeo.

Me encanta Miguel y el hecho que sea gay hace que lo adoré todavía más. Siempre logra hacerme reír.

El gira medio cuerpo en el asiento y me observa de pies a cabeza.

—Te juro que si no jugara en la otra acera te echaría los tejos.

—Gracias cariño, tu tampoco estás mal —replico divertida.

Y es cierto, su camisa rosada fucsia le asienta muy bien y resalta su tono natural.

—Déjame adivinar —me pide mientras Samia se incorpora en el tráfico—. Zapatos Jimmy Choo colección primavera 2008.

—¡Wepa! —clamo maravillada y a él se le iluminan los ojos al ver que ha acertado. Es que ni yo misma lo hubiera hecho mejor.

Es fabuloso tener quien entienda mi obsesión por la moda. A Adriana le gusta las compras y es divertido salir de shopping con ella, pero no es lo mismo, mientras ella se compra cualquier cosa que le parezca bonita, a Miguel y a mí

nos gusta la tendencia, hablar largo rato de diseñadores.

—No te soporto —prosigue Miguel—. Mira que comprarte unos zapatos que cuestan más que mi sueldo.

Le lanzo una mirada pícaro.

—Tú lo que no soportas es no poder pedírmelos prestados.

Miguel sonrío.

—Perra —me dice y Samia y yo nos carcajamos.

CAPITULO 2

Treinta y cinco minutos más tarde llegamos al centro de la ciudad donde nos recibe el enorme letrero. ***CRISTAL***

CLUB en letras cursivas y una copa de Martini dibujada justo al lado del nombre.

El lugar es nuevo, hace tres semanas que abrió y se ha convertido en la sensación del momento como cada local que abre sus puertas en esta ciudad. Desde que me hablaron del sitio, tengo curiosidad de ver que tan bueno es el ambiente.

—Viste el gentío —me dice Samia estirando su cuello sobre la larga fila de personas que están frente a nosotras.

Echo un rápido vistazo a mi

alrededor antes de posar mis ojos en ella quien alisa su vestido de tubo verde esmeralda y asiento horrorizada al ver que tiene razón.

Pero llevo toda la semana esperando esta noche por lo que ni el calor, ni la fila me van a quitar el buen humor.

—Si no fuera por los dos seguratas que se toman todo su tiempo revisando los bolsos y a los hombres, estoy segura que avanzaría más rápido.

—Pues a mí el negro corpulento puede meterme la mano y revisar todo lo

que quiera —me avisa el travieso de Miguel mientras contempla embelesado al moreno alto de la puerta.

Sonrío al mismo tiempo que busco mi teléfono en el bolso, lo saco y le mando un mensaje a Adri para informarle que ya hemos llegado.

A los dos minutos me responde que ellos ya están adentro.

Veinte minutos más tarde, después que el de seguridad que tiene toda pinta de ser ruso con cara de tener meses sin echar un buen polvo revisa mi bolso y quita la soga roja para permitirnos el

paso, entramos en el club

Al entrar nos da la bienvenida un pequeño recibidor, las paredes están pintadas de gris claro con nubes dibujadas en ellas, es como estar viendo el cielo en un día nublado, en el centro del sitio hay una estatua en yeso de un Ángel con la cabeza cortada y las alas abiertas.

No es una obra de Miguel Ángel, pero el artista ha logrado su cometido, transmitir paz y serenidad en esta parte de la disco donde las personas pueden conversar en total tranquilidad ya que la

música es casi inaudible.

En cuanto pasamos el vestíbulo nos recibe Lady Marmalade [\[1\]](#)a todo volumen, de una vez empiezo a mover las caderas al mismo tiempo que empiezo a canturrear “*Voulez vous coucher avec moi ce soir?*”

Mientras trato de ubicar a Adriana, le echo una ojeada al local. ¡Es fabuloso!

Todas las sillas son transparentes algo parecido a las zapatillas de cristal de cenicienta; las mesas son pequeños cuadrados iluminados en el interior con

una luz blanco neón, hay dos pantallas enormes: una a la izquierda cerca de la entrada y otra a la derecha de la pista de baile; en cada una de ellas desfila el vídeo clip de la canción que está sonando en el momento y algunos mensajes del DJ.

Estoy fascinada con el buen ambiente.

Después de varios minutos sorteando las personas, veo a mi chica preferida sentada con los demás no muy lejos del bar.

¡Maravillo! ¡Que empiece mi fiesta!

Con un gesto de la mano le hago saber a Samia y a Miguel donde están ubicados.

Miguel está mirando a su alrededor cuando de pronto me dice:

—¡Ay virgencita! Me muero, me muero.

Sigo la dirección de su mirada y comprendo mejor sus palabras al ver un grupo de guaperris situados en la barra.

—Ay bombón pellízcame porque creo que he muerto y he resucitado en el paraíso de los adonis.

—¡Ouch! —grita Miguel—. ¿Pero

qué has hecho?

Haciéndome la inocente me giro y tratando de no reírme le digo:

—Lo que me pediste.

—¡Mira que eres bruja! —se queja —, no lo decía en forma literal.

Samia se ríe

Miguel se frota el brazo y con cara de dolor añade:

—Estoy seguro que me ha quedado un moretón horrible.

Pongo los ojos en blanco. Es un exagerado.

—No seas niña. ¡Si apenas te he

tocado! Por cierto, no le estés tocando la barriga a Adriana que a ella no le gusta —le aviso.

—¡Ay, pero si está rechula con esa panza! Pensé que a todas las mujeres en estado les gustaba eso.

—Pues a ella no.

Al llegar a la mesa Adri se levanta y luce fenomenal con su vestido por encima de las rodillas rosa pálido. Está casi de siete meses y está hermosa.

—¡Feliz cumpleaños! —grita por encima de “The Time”^[2]

Me envuelve en un largo abrazo que

recibo gustosa, pero con cuidado de no aplastar su panza y hacerle daño a nuestro pequeño monstruo.

—Gracias nena.

Al romper el abrazo se voltea y recoge un pequeño sobre de la mesa.

—Toma, es un pequeño obsequio de parte de Max y mío.

—Espero que sea una carta del cónsul avisándome que me ha concedido el permiso de mandarte de regreso a Italia —digo en dirección del señor ojos bonitos.

Lo odie en su momento, lo he

perdonado y nos llevamos mejor desde entonces, pero me gusta picarlo.

Él se levanta y me da un rápido beso.

—Es un gusto verte a ti también Emma —replica Maximiliano—. Siento decepcionarte, pero es una carta del cielo donde nuestro señor me informa que te ha puesto en mi camino para que después de ti, la muerte no me parezca tan mala.

Adriana se carcajea.

Le lanzo una mirada de odio fingido y él me mira con esa sonrisa de

suficiencia, a su estilo, me he salido con la mía antes de proseguir.

—Por cierto, son las entradas que querías para ir a ver a Beyonce al Zenith.

—¡Max! —le reprocha Adri en el momento que le da un ligero golpe en la espalda—, no tenías que decirle, se supone que era una sorpresa.

Él se encoge de hombros demostrando lo poco que le importa. Pero me da igual llevo mucho queriendo ver a la reina B en concierto, así que no puedo estar más que feliz por el regalo.

—¡Hey Lombardi! Hubieras podido hacer el regalo completo y regalarme también la reservación del hotel, ¿o dónde crees que voy a pasar la noche?

—Eres una chica lista, ya lo resolverás —replica antes de guiñarme un ojo.

Los demás se echan a reír mientras que yo lo doy por imposible.

Samia y Miguel empiezan a saludar y pronto todos nos perdemos en besos y felicitaciones.

Llego hasta dónde está mi pecado mortal. Ese morenito que me trae medio

loca y sin idea, vistiendo una camisa negra y unos jeans oscuros.

—Estás preciosa, llevo rato observándote y mientras más te veo más se me ha ido poniendo dura —me susurra Carlos cerca del oído después de darme dos besos.

Para demostrarme que no está mintiendo me agarra la mano y roza ligeramente el bulto que se ha formado bajo sus vaqueros y se me acelera el pulso.

—Recuerda que debemos ser discretos por favor.

—Pues debiste escoger otro vestido

—replica con una mirada lobuna.

Sonrío coqueta.

«¡Uff! La noche se anuncia tentadora y pecaminosa» —pienso mirándolo sin disimulo.

Sé que le he pedido que seamos discretos, pero me lo comería ahora mismo. Saber que se le ha puesto dura me ha puesto cachonda a mí también.

Rápidamente tomamos asiento junto a los demás. Por suerte llegaron antes y nos han guardado los asientos porque con el mundo que hay seguro nos hubiera

tocado quedarnos de pie. Me acomodo entre Carlos y Linda mientras que Samia y Miguel se sientan al lado de los futuros padres.

—¿Qué vas a tomar? —me pregunta Carlos.

Me fijo rápido en la mesa para ver lo que están tomando: Carlos como siempre fiel a su cerveza, Maximiliano y Vicente tienen un whisky, no me tomo la molestia en mirar la bebida de Adri, es obvio que no tiene alcohol. No me llama la atención ninguna de sus bebidas por lo que me apresuro a responder:

—Un mojito.

Carlos asiente y mira en dirección de Sam y Miguel.

—¿Y ustedes?

—Un Acapulco —dice Samia—, pero asegúrate que el mesero le ponga poco tequila y poco ron. Esta noche manejo y no quiero tener problemas.

Carlos asiente.

—Yo quiero un terremoto.

—¿Y eso qué es?

—Me contaron que es la especialidad del local —me responde Miguel—, al parecer es una mezcla de

diez alcoholes diferentes, nadie sabe cuáles son, lo único seguro es que cuando lo bebes tienes la impresión que la tierra se mueve bajo tus pies.

Me gusta lo que oigo.

—Que sean dos —digo en dirección de mi pecado mortal.

Carlos me mira un tanto sorprendido, abre la boca para decir algo, pero luego se arrepiente y termina asintiendo.

—Te acompaño —se ofrece Vicente.

Aprovecho que este último se

levanta y cuchicheo hacia Linda:

—¿Y cómo va tu aprendizaje en aguas extranjeras? —inquiero con un gesto de la cabeza en dirección por la cual se acaban de marchar los muchachos.

Linda me observa y cuando entiende lo que estoy preguntado se le iluminan los ojos y con una sonrisa tonta en los labios me dice:

—Ay Emma no sabes... no tienes idea lo apasionado que es —se muerde el labio y se pierde en sus pensamientos.

Es cierto que no tengo idea, pero su

sonrisa y su cara me lo dicen todo. Venga que no necesita hacerme un dibujo.

—este hombre me va a matar. ¡Qué noche! —continúa ella en Lindalandia donde Vicente es el pozo y ella es Alicia descubriendo un mundo lleno de maravillas—. Es que nunca pensé que sería así.

—¿Así cómo?

—Tan apasionado... parece que nunca se cansa —me confiesa medio divertida, medio avergonzada.

Suspira hondo.

—Mujer pues que me alegro mucho por ti. Bienvenida al mundo de los grandes.

—Yo también estoy feliz, aunque no lo estamos tomando con calma.

—Me parece bien.

«Yo también estoy tratando de hacer lo mismo con Carlos».

Linda se pone seria de pronto y me demanda:

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —inquiero sin entender su pregunta.

—Ya sé que todas pensábamos que

no era un hombre para ti por su récord de “me acuesto con todas” —me dice dibujando comillas en el aire—, pero creo que de verdad está enganchado contigo y que deberías darle una oportunidad.

Ya creo saber de quién está hablando, pero termino de estar segura cuando sigo la dirección de su mirada hacia la barra donde está mi pecado mortal hablando con una muchacha. Por un momento dejo de escuchar a Linda y me enfoco en la escena. Los observo con extrañeza, aunque no entiendo con

exactitud qué es lo que me extraña, si el hecho que la pelirroja se le tire encima y deslice la mano sobre su brazo sin disimular su interés o el hecho que a él no parece molestarle.

No le doy muchas vueltas al asunto, pero sin entender muy bien por qué mis pies se mueven por inercia hacia ellos.

—Disculpe —le digo a la persona con quien me acabo de tropezar.

El tipo se me queda mirando, pero no reparo en él ya que mis ojos siguen puestos en aquellos dos.

Llego a la barra y con mucha

seguridad me acerco a Carlos.

—Necesitas ayuda con la bebida o es que se perdió el camarero —grito por encima de la música.

Carlos se gira y me mira desconcertado. Estaba tan absuelto en su conversación con la tipa está que ni me vio llegar.

—¡Hey! —exclama sorprendido—. Ya íbamos de regreso.

La pelirroja me mira, yo le devuelvo la mirada y juntas nos volteamos a mirar a Carlos.

—Emma ella es Isa una compañera

de trabajo.

¿Ah? ¿Una compañera de trabajo?

¡Mierda!

«Bien por ti Emma, no pudiste quedar más en ridículo».

¿Pero qué diablos me pasa? ¿Desde cuándo me importa a mí con quien coquetea Carlos?

—Isa, ella es la amiga que cumple años, de la que te hable.

¿Amiga? Vamos hombre que llevamos meses jugando el juego de aquí te veo, aquí te cojo, creo que merezco un grado más alto que ser una simple

amiga.

No sé bien cómo tomarme eso.

Lo miro dejando entrever todo lo que pienso al respecto de ser solo su “amiga” y él muy idiota esboza una sonrisa arrogante que me dan ganas de hacérsela tragar a bofetadas.

Pero no pienso permitir que él piense que esto me afecta, así que con toda la educación del mundo y una enorme sonrisa me giro hacia la muchacha y le digo:

—Mucho gusto.

—El gusto es mío —me responde

con una sonrisa forzada. Es más que obvio que Carlos le interesa a rango mayores—. Ah y feliz cumpleaños.

—Gracias, aunque mi cumpleaños no es hasta mañana.

Ella asiente. Me parece que no está muy cómoda con mi presencia, hace rato era todo risas y más risas y ahora está sería.

Nos observamos mutuamente con una sonrisa de lo más hipócrita sin decir nada hasta que el camarero llega y pone el Acapulco de Sam sobre la barra. Vicente toma una copa con un trago de

color marrón oscuro y me la tiende. Carlos saca su cartera y le pasa un billete de cincuenta euros al bartender.

—Bueno ya nos estamos viendo en el transcurso de la noche —le anuncia ella a Carlos y yo me quedo boquiabierta, aunque rápidamente trato de disimularlo.

¿Y eso qué fue? ¿Una invitación abierta dejándole saber que estará por ahí disponible para cuando él lo disponga?

¡Descarada!

—Claro —le responde el muy

canalla.

—Resérvame un baile —prosigue ella muy coqueta antes de dar la vuelta y perderse entre la gente.

Vicente toma las bebidas y se va.

Yo sin saber muy bien porque le lanzo una mirada envenenada a mi pecado mortal o debería decir, futuro ex pecado mortal porque cuando siga así, no creo que esto vaya a durar mucho.

Le doy un sorbo a mi bebida y el líquido me quema horrores en la garganta y termino tosiendo.

—¡¿Pero qué coño es esto?! —me

quejo.

Sabe... no sé bien a qué sabe, pero está, ¡fuertísimo!

No puedo seguir tratando de averiguar qué es esto que Miguel me ha hecho pedir porque Carlos me toma de la mano, tira de mí y en un tono me dice.

—¡Hey! ¿A dónde crees que vas?

—¿Yo? a la mesa —replico y trato de soltarme de él, pero el condenado en vez de ceder, me pasa la mano por la cintura y me sostiene con más firmeza.

—Baila conmigo —me pide cerca del oído.

Me despego un poco y miro directamente sus ojos negros.

—Creo que ya tienes compañera de baile esperándote por ahí en algún rincón.

A penas he dicho esa frase quisiera poder patearme a mí misma porque muy a mi pesar las palabras salieron con cierto desdén, aunque conservo la esperanza que él no lo note.

Carlos se carcajea.

Cuando se recupera de la risa el muy arrogante levanta las cejas y me pregunta.

—¿Celosa?

¡Mierda! Mi esperanza era verde y se la comió un burro porque el engreído se dio cuenta de mi molestia.

—¡Yo! Ay Carlos por favor no seas ridículo que somos adultos y tú y yo sabemos que lo nuestro es solo sexo y nada más. Por mí puedes bailar con todas las chicas que haya en el club.

¡Mierda! Eso sonó a una típica mujer celosa.

Fabuloso... me estoy cubriendo en gloria.

«Emma, estás perdiendo tu toque.

¡Contrólate la boca por amor de Dios!»

Intentó nuevamente soltarme, pero el reaafirma su amarre alrededor de mi cintura. Se acerca otra vez a mi oído y con su voz ronca me susurra.

—Tú sabes que si quisiera bailar con otra no estaría aquí y con la única que me interesa no solo bailar sino también darle duro hasta que se corra fuerte, es contigo.

Sus palabras son crudas y están llenas de promesas, podría decirle que es un idiota pretensioso pero lo cierto es que me pone su lado cavernícola y él lo

sabe.

Trago en seco mientras él se separa de mí. Me mira y cuando ve que ha conseguido su propósito, o sea, dejarme en una sola pieza, sonrío y me suelta.

No muy bien estamos de vuelta con el grupo, pongo mi bebida sobre la mesa, Carlos me arrastra a la pista de baile. Está sonando “Baby boy” de Beyonce con Sean Paul y él posa sus manos sobre mis caderas ayudándome a balancearlas al ritmo de la música. Yo llevo mis manos a su cuello y las enredo en su nuca, nos movemos al compás de

la música entre miradas picaras y movimientos sensuales. Sus ojos negros me penetran dejándome ver su deseo por mí y yo me dejo envolver en esa ola de sensualidad que nos rodea.

Me froto contra él con todo el descaro. Vamos que no seré Beyonce, pero cuando se trata de encender a un hombre creo que ni ella misma me gana.

—No puedo esperar a que acabe la noche para llevarte a mi casa y cogerte contra la puerta vistiendo solo esos tacones puestos —me susurra en el oído con su voz sexy.

¿Quién dijo que un hombre debe regalar flores y bombones para conseguir lo que quiere?

A mí me hablan de follar solo con mis zapatos favoritos y ya me ha ganado.

Sonrío encantada y con total seguridad le digo.

—¿Y quién dijo que tengas que esperar tanto?

Carlos dibuja una sonrisa diabólica, desliza una de sus manos hasta mi pelo, entierra sus dedos y con mucha posesión tira ligeramente de él, me mira detenidamente durante unos segundos

con los ojos en llamas por la lujuria y si sigue mirándome así creo que moriré por combustión espontánea, luego me acerca más a su cuerpo y con su voz ronca me dice.

—Ya veré qué puedo hacer al respecto —susurra en mi oído.

Mi pulso se acelera y ya no escucho la música a mí alrededor. Mi cabeza se llena de toda clase de imágenes en las cuales termino siempre sin ropa empotrada contra alguna pared y su cuerpo sudoroso.

Seguimos bailando varias canciones

seguidas hasta que estoy sedienta y regresamos a la mesa con nuestros amigos.

CAPITULO 3

La noche va transcurriendo entre chistes, tragos y risas y estoy de lo más feliz con mi pequeña familia.

Termino mi trago que por cierto ya no me sabe tan malo, y cada vez me sabe

menos fuerte y Carlos va por otro.

Adriana me dice que se está haciendo pis y la acompaño al baño que luce chic y elegante con sus tonos negros y blanco.

Me paro delante del espejo redondo con el marco blanco y pongo mi bolso en el mármol negro y me retoco los labios.

Adri sale de uno de los ocho cubículos y se pone a mi lado.

—Te juro que este bebe se cree que mi vejiga es un juguete exprimidor —se queja al abrir la llave—, es que solo

bebo un poco de líquido y tengo que salir corriendo a hacer pis.

Adriana se queda callada en el momento que lava sus manos. Levanto la cabeza y la encuentro observándome a través del espejo.

—¿Qué?

Ella se encoge de hombros y responde:

—Nada.

Pero la conozco y sé que esa mirada esconde algo por lo que insisto.

—Anda suéltalo ya, ¿qué pasa?

—Nada. No sé si te fijaste que tu

regalo cuenta con dos entradas para el concierto —ella se encoge nuevamente de hombros y como el que no quiere la cosa añade—: te lo digo, para que sepas que puedes llevar a alguien contigo.

—Muchas gracias. No me fijé, ahora que lo sé, veré si Linda me quiere acompañar.

Adriana cierra el grifo y se gira en mi dirección y con exasperación dice:

—No estaba pensando en Linda exactamente.

Yo sé muy bien que no, pero me hago la obtusa.

—¿Ah no? ¿Y a quien tenías en mente?

Ella bufa.

—Mira yo solo digo que los he estado observando a ti y a Carlos está noche y me pareció...

—Ay nena no te hagas ideas por unos cuantos bailes —la corto.

—Yo solo digo que lo he visto muy pendiente de ti.

—Pues lo que has visto es solo eso, un amigo pendiente de una amiga el día de su cumpleaños. Así que sácate esas ideas tontas de la cabeza y deja de estar

viendo cosas donde no las hay —Me apresuro a responder.

Guardo el polvo compacto en mi bolso y la empujo hacia la salida.

Al llegar a la mesa mi trago me espera, lo tomo y le estoy dando un sorbo cuando Carlos se me acerca y me dice por encima de “Here with me” de Dido.

—Es un trago fuerte, así que tómatelo con calma.

Pongo los ojos en blanco.

Soy una persona que está acostumbrada a beber no veo a que

viene eso, así que retándolo con la mirada repito la acción solo que está vez, el sorbo es mucho más largo.

Su mirada se contrae y sus ojos se vuelven más oscuros. No le gusta lo que acabo de hacer, pero él sabe que no puede decir nada más.

Rompo nuestras miradas y arrastró a Sam, Linda y a Miguel a la pista.

Está sonando “Dilemma” y la cantamos a pleno pulmón. Bailamos, reímos y cantamos como locas incluyendo a Miguel que mueve sus caderas como cualquier digna nena y yo

no puedo más que partirme de la risa con sus movimientos.

Cuando la canción termina regresamos a la mesa, Adriana se pone de pie, camina en mi dirección y me pide que visualice la pantalla gigante.

Al cabo de unos segundos sale en letras naranja neón la frase “**FELIZ CUMPLEAÑOS BOMBÓN**” al mismo tiempo que el Dj anuncia por el micro “Muchas felicitaciones a Emma que está de cumpleaños esta noche de parte de todos sus amigos. Esto es para ti preciosa” y enseguida empieza a sonar

“The way you look tonight” que es mi canción favorita. Me conmuevo hasta las lágrimas y me giro hacia ella.

—Ya es media noche así que oficialmente ya eres un año más vieja — me dice con dulzura.

Es un amor y la quiero un montón.

—Gracias —replico presa de la emoción.

Nos perdemos en un inmenso abrazo hasta que todos se levantan y la ronda de felicitaciones empieza de nuevo.

Carlos me toma de la mano y me pide.

—Me concedes este baile.

Asiento encantada y lo sigo, una vez en la pista me aprieta contra su cuerpo y empezamos a bailar pegaditos.

Por encima de su hombro veo a Adriana que baila con Maximiliano quien la mira como si no existiera nada más en el mundo que no fuera ella, por un momento creo que de verdad el amor si existe, sobre todo para ellos que han tenido que pasar muchas pruebas para estar así, juntitos, felices.

Mi amiga parece darse cuenta que la estoy observando porque levanta cabeza

y me dedica una sonrisa significativa. Como si estuviera leyendo mis pensamientos y me alentará a dar ese paso que todos esperan que dé pero que, por inseguridad, no termino de dar.

Deshago nuestras miradas y entierro mi rostro en el pecho de Carlos. Está noche no quiero pensar, solo quiero pasarla bien y disfrutar.

—Estás hermosa —me susurra.

Me separo de él y lo miro a los ojos.

—Gracias.

Me dedica una sonrisa encantadora

antes de añadir:

—Por cierto, feliz cumpleaños.

Ahora es mi turno de dedicarle una tímida sonrisa mientras nos perdemos en un mar de miradas que me perturban y me llenan de todo tipo de sentimientos que no termino de entender aún.

La canción termina, Carlos me toma de la mano y me dejo guiar donde quiera que sea que me lleve con tanta prisa.

Sorteamos varias personas y con pisadas torpes lo sigo hasta el receptor.

Me parece que los tragos empiezan a ser efectos porque me siento más

ligera.

Una vez que llegamos, él mira con disimulo en varias direcciones y sin perder el tiempo abre una puerta, me empuja a dentro y cierra detrás de nosotros.

Cuando mis ojos se acostumbran a la oscuridad me doy cuenta que estamos en el pequeño cuarto de limpieza.

—Así que no me tengo que esperar, ¿ah? —me dice con voz seductora.

—¿Qué hacemos aquí? ¡Estás loco!
Alguien podría entrar...

Pero no logro acabar la frase

porque inmediatamente se abalanza sobre mí y cubre mi boca con la suya, la saquea, la hace suya mientras me muerde los labios con esa posesión suya que tanto me vuelve loca. Es un beso demoledor, que no deja lugar a dudas de lo que vendrá después. Me aprisiona contra su cuerpo y puedo sentir su erección en la parte baja de mi vientre. ¡Me encanta! Me vuelve loca. Al mismo tiempo va retrocediendo y me arrincona contra la pared más cercana.

Carlos rompe el beso y con la respiración a mil por hora me dice cerca

de mis labios.

—Esta noche es tu cumpleaños y cuando lleguemos a mi casa te juro que te voy a dar tu regalo como te mereces, pero no aguanto más y necesito darte un adelanto de lo que nos espera.

Aún en la oscuridad puedo sentir sus ojos penetrándome, quemándome.

Esto es una locura, él es mi locura.

Que puedo decir, él es el imán y yo soy el metal y todo mi ser pide más y más por lo que ahora es mi turno de abalanzarme sobre él, enredo mis manos en su cuello y rozando sus labios con mi

aliento le digo.

—Házmelo duro, fuerte y rápido como me gusta.

Él entierra sus manos en mi pelo y me besa fuerte, salvaje. Nuestras lenguas se enredan en una lucha poder y pasión. Esto es dando y dando.

Él tira con firmeza de mi pelo separando nuestros labios y dejándome jadeando, deseosa de más.

—Me vuelves loco, lo sabes, ¿verdad?

Asiento extasiada.

Lo sé y me gusta saber que soy yo

quien lo pone así.

Baja su boca a mi cuello, lo chupa y lo muerde a su antojo, volviéndome loca, despertando cada terminación nerviosa de mi cuerpo. Al mismo tiempo con su otra mano me amasa el pecho por encima de mi vestido, lo aprieta, tanto que casi duele, pero me gusta, es glorioso; me desespera y hace que me retuerce bajo su contacto.

Deseosa de más, llevo mis manos a su cinturón y lo desabrocho, meto mi mano por dentro de su bóxer y le acaricié su falo. Carlos gruñe en mi

clavícula y es el detonante para que las cosas pasen a mayor velocidad.

Él saca mi pecho del vestido y lo chupa como un recién nacido hambriento.

¡Oh por Dios! ¡Que gustito!

El calor me invade.

Jadeo de placer.

Carlos continúa chupando, mordiendo el pezón, torturándome. Me arde el sexo, el cuerpo.

La imagen de donde nos encontramos y que cualquiera podría entrar me azota.

No hay tiempo para preliminares, así que con el pecho que sube y baja por la aprehensión le digo:

—Te quiero dentro, ¡Ya!

Él despega su boca de mi seno y busca un preservativo en la parte trasera de su pantalón, se lo pone y cuando mete su mano por debajo de mi vestido me apresuro a añadir:

—No me rompas el tanga.

—No estaría mal pero no quiero que te pasees por el club sin ella y correr el riesgo de que alguien vea lo que me pertenece.

«¿Lo que le pertenece?».

¿Y eso de donde ha salido?

Pero estoy muy excitada como para darle vueltas al asunto, además que no quiero dañar el momento, por lo que subo una pierna, rodeo su cintura y lo acerco a mí. Agarro el panti y lo desplazo para permitirle la entrada.

Busco sus labios para que no siga diciendo tonterías al mismo tiempo que agarro su miembro y lo dirijo en mi interior, él se introduce de una sola estocada en mí.

—¡Santo! —grito al separar

nuestros labios.

Me siento llena, es grandioso.

—Aquí no hay ningún santo, aquí solo estamos tú y yo —replica con esa voz sexy que me enloquece—. Así es que te gusta que te la meta, ¿verdad? Duro, hasta el fondo.

Sale y vuelve a entrar sin piedad.

—Respóndeme o paro.

—¡Sí! ¡Sí! —grito porque no quiero que cumpla su amenaza.

—Shhh... bajito, no grites que alguien nos puede escuchar.

Oh si, ¿Cómo si fuera tan fácil?

Trato de concentrarme y no soltar mi ropa interior, pero me es imposible, estoy presa de la lujuria y de sus asaltos. Así que gustosamente pierdo la batalla y lo suelto.

Carlos sale de mí, se agacha y me baja el tanga, levanto las piernas para facilitarle la faena; no muy bien he terminado con la segunda pierna que él me levanta en volada y se entierra de nuevo en mí.

Lanzo un grito que él acalla con sus labios en el mismo momento que me agarra las manos, las levanta y las

aprisiona contra la pared.

Él procede con sus penetraciones y creo morir de placer.

Me suelto de su agarre, unos mis brazos detrás de su cuello y me sostengo fuerte mientras él continúa poseyéndome.

Separa nuestros labios y pego mí frente a la suya, siento como le corre el sudor. No es para menos con el calor infernal que hace aquí dentro.

La habitación se llena de jadeos y gritos que tratamos de acallar con besos salvajes.

Carlos acelera sus penetraciones llegando cada vez más lejos, poco a poco va creciendo un orgasmo que se anuncia devastador en mi parte baja.

Siento como su pene se va haciendo más grande y duro dentro de mí y es mi caída libre sin paracaídas al mundo de los mejores orgasmos y me corro con fuerza a su alrededor.

No sé cómo lo consigue, pero siento que cada vez los orgasmos son mejores.

Él afirma su agarre en mi cadera a la vez que se entierra más profundo en mí, me embiste dos veces más hasta que

escucho como lanza un gruñido a la vez que se viene por completo.

Él deja caer su cabeza en el hueco de mi cuello con la respiración forzada mientras yo trato de recuperar el aliento.

Poco a poco su agarre se va aflojando y deja caer mis piernas con delicadeza, una vez incorporada del todo me arreglo el vestido y el pelo mientras que él se acomoda su ropa en total silencio.

Es lo bueno con Carlos, él sabe cuándo hablar y cuando no; hemos pasado un momento muy agradable y ya

está, aquí no ha pasado nada.

¡Ja! Eso no te lo crees ni tú.

Cuando estoy a punto de salir del cuarto me recuerdo que no llevo ropa interior, él me ayuda a buscarla, pero nada, está tan oscuro que no logramos encontrarla.

«! Genial ahora me toca ir sin bragas por todo el local».

Salimos discretamente del cuartito, Carlos se dirige al baño de los caballeros y yo al de las damas.

Entro, me aseo un poco y salgo. En el momento que estoy fuera siento un

fuerte agarre en mi muñeca que detiene mis pasos.

—Carlos ya basta debemos regre...

Me quedo muda cuando veo a quién pertenece esa mano.

CAPITULO 4

—¡Hola preciosa!

Esa voz, ese rostro, mi corazón empieza a martillar con fuerza, tanto,

que por un momento creo que se va salir de su caja torácica.

¿Qué diablos hace él aquí?

Tengo que pestañear varias veces para estar segura que el terremoto ese no está afectando mi visión.

¿Cuánto tiempo llevo sin verlo?

Mucho... mucho tiempo.

Él se me queda mirando detenidamente con los ojos lujuriosos, recorre mi cuerpo con todo el descaro y con una sonrisa perversa me dice:

—¿Y qué? ¿No piensas saludar a un viejo amigo?

De pronto su mano me quema, los recuerdos que tanto he tratado de borrar, de dejar atrás me azotan, me siento insegura, nerviosa y vuelvo a tener diecisiete años.

Tiro de mi mano bruscamente para soltarme de su agarre y en un tono amenazador digo:

—No vuelvas a tocarme.

—Oye cálmate, no estés tan a la defensiva que no te pienso morder — replica haciéndose el gracioso—. Cuando tropezamos en el bar hace rato no estaba seguro que fueras tú, pero

luego vi el mensaje en la pantalla grande y no me quedo ninguna duda.

Trato de recuperar mi autocontrol y no dejarme afectar por su presencia así que optó por mostrarme desinteresada.

—Si yo, la misma que viste y calza, ¿y?

—Quería saludarte, pero luego te vi entrar ahí —dice señalando el cuartito donde estuve hace un momento con Carlos. Esboza una sonrisa maliciosa y añade—: veo que sigues siendo igual de tremenda...

—Antoine, ¿qué es lo que quieres?

—lo corto porque con la última persona que me interesa comentar mi vida sexual es él.

—Nada, solo quería felicitar a una vieja amiga. Eso es todo —se me acerca y me acaricia la cara con los nudillos—. Pero ahora que te veo de cerca, quiero invitarte a bailar, por tu cumpleaños.

¿Y a este que mosca le ha picado?
¿Se le han safao' los tornillos!

¿Cómo puede creer que me voy a ir a bailar zumba con él después de lo cabronazo que fue conmigo? Como si fuéramos dos viejos amigos en el

reencuentro escolar diez años después.

—¿Por qué mejor no te montas en una tortuga y te vas lentamente a la mierda? —replico al quitar la cara para que cese su caricia.

El muy idiota suelta una carcajada a la vez que da un paso atrás.

—Veo que sigues siendo igual de lengua suelta. Espero que sigas siendo igual en otras cosas también.

Doy un paso hacia él y lo miro directamente a los ojos.

—Eso es algo que no sabrás jamás —digo y me alejo.

Llego a la mesa a la carrera, con los nervios a flor de piel y me tumbo en la silla, no bien me he sentado que doy un largo trago a mi bebida.

—Mi reina sé que te ha gustado el traguito este, pero te aconsejo que te lo tomes con calma —me grita Miguel.

Carlos se gira hacia mí y con dulzura y determinación me dice:

—Por una vez debo de darle la razón al desplumado este —me quita el vaso de las manos y con voz divertida comenta—: sé qué hace calor y que quieres refrescarte, pero te recuerdo que

esto es fuerte, si lo prefieres te puedo ir a buscar una botella de agua.

—Carlos no me jodas —digo molesta—, soy lo bastante grandecita para que me andes regañando, ni que fuera la primera vez que bebiera de más.

Mis palabras salen más altas de lo que quería e inmediatamente Carlos tuerce el gesto. Miro a mi alrededor y me doy cuenta que todos nuestros amigos nos están mirando.

¡Fantástico! Ahora soy la bruja mala del cuento.

—¿A qué coño ha venido eso? —

inquiérese con la voz endurecida.

—A que no me vas a decir lo que tengo que hacer solo por el hecho de que echemos un polvo de veces en cuando —le digo bajando la voz. Solo para sus oídos.

Su rostro se contrae, mis palabras le han dolido. Sé que estoy siendo una peste, pero la verdad es que sigo alterada por mi encuentro con el patán ese y lo único que quería era un trago para calmar mis nervios.

Me termino el resto de la bebida y antes de pensarlo dos veces me levanto

y me dirijo hacia el bar. Una vez ahí le hago un gesto al barman por encima de varias personas para que me ponga otro. Me pellizco el puente de la nariz a la vez que cierro los ojos.

«¿Qué diablos estaba él haciendo allí?»

¿Y por qué está noche? Todo iba bien, me la estaba pasando en grande, pero tenía que aparecer el desgraciado este y arruinarme la noche.

Al abrir los ojos, me topo con la mirada reprobatoria de tres personas.

—¿Pero se puede saber que ha sido

eso? ¿Por qué le has hablado de esa forma—inquiere Adriana?

—¿Qué ha sido qué? —preguntó haciéndome la desentendida.

—Te has pasado —me acusa Samia.

—Pobre hombre se ha puesto pálido de pronto y tú parecías una vampiresa dispuesta a atacar a su presa —agrega Miguel.

¡Genial! Solo me falta Linda y estaré siendo atacada por todos los flancos.

Los tres se me quedan viendo, expectantes, así que le suelto de golpe.

—Me he encontrado con Antoine.

Como era de esperarse Samia y Miguel no entienden ni pipa de lo que estoy hablando, Adriana en cambio abre los ojos como platos.

—¿Y qué hace ese mal parido aquí?

—inquiérese con la voz endurecida.

—Pues yo que voy a saber, es un club de moda, no ha de extrañarse tanto que esté aquí, ya sabemos lo fiestero que es. Pero joder, ¿Por qué precisamente tenía que aparecer hoy?

—¿Y quién es ese Antoine? —

demandando Sam.

—Mi ex —replico con amargura.

—Te juro que cuando se pase de listo lo agarro a guamazos.

Eso casi me hace reír. Como si Adri estuviera en estado para agarrar a guamazos a alguien.

Samia me observa con la frente arrugada por lo visto desconcertada ante mi revelación.

—Es más que obvio que nosotras tenemos que hablar... —me advierte Samia—... pero ahora mismo te aconsejo que vayas y te disculpes con Carlos porque él no tiene la culpa de lo

que sea que te traigas con el tal Antoine ese.

—Ay si mi reina —concuerta Miguel—, si lo hubieras visto, tenía cara de perro apaleado

Los observo, sé que tienen razón.

Adriana me mira, pero no me presiona, ella sabe que en estos momentos estoy tratando de calmar la rabia que está barriendo conmigo.

Tomo un hondo respiro.

—Está bien —replico con resignación.

En el camino a la mesa, voy

meditando mis palabras. No soy muy de disculpas, pero reconozco que me he pasado.

Al llegar Carlos no está en la mesa, lo busco alrededor pero no lo veo.

—Ha salido un rato —me informa Maximiliano—, necesitaba despejarse la mente.

Dice la última parte con cierto reproche en la voz.

¡Lo que me faltaba! Ponerle más drama a esta noche.

—Voy a buscarlo —anuncio.

Empiezo a caminar con dirección a

la salida al mismo tiempo que miro a los alrededores, y por suerte porque no bien me he alejado unos cuantos pasos cuando lo veo bailando en una esquina de la disco con la pelirroja del bar.

Creo que mi cara de estar del mismo color de mi vestido porqué siento como se me calienta la piel por la rabia.

«No parece tan sufrido el niño» — pienso con ironía.

Y pensar que yo creía que me había comportado como una arpía y que mis palabras le habían afectado.

Me entran ganas de convertirme en

asesino en serie y matarlos a ambos: primero a él por ser tan cínico y estar pasándosela en grande cuando hace apenas unos momentos estábamos echando un polvo. ¿Dónde quedó eso de “me vuelves loco”? No es que le pida fidelidad ni amor eterno, pero mierda, un poco de respeto no estaría de más. Y a ella por fresca y resbalosa. Ay que ver el descaro con el que restriega su cuerpo al de él.

Como alma que lleva el diablo doy media vuelta y regreso a la mesa.

¡Se acabó! Hoy es mi noche y no

voy a permitir que Antoine, ni Carlos, ni la pelirroja siliconada esa me la arruinen.

Empieza a sonar “I’m Real” me levanto y voy a bailar: primero sola, me muevo al ritmo de la música, las imágenes de él con esa tipa me llegan a la cabeza, me dejo llevar y bailo como una posesa tratando de dejar toda la rabia que siento en la pista. Luego empieza a sonar otra canción y mientras me muevo, se me acerca alguien por detrás, posa sus manos en mi cadera y empezamos bailar de lo más a gusto. No

sé quién es, pero no me importa. Ya se va a enterar el morenito por donde se le mete el agua al coco^[3] Me gira entre sus brazos y de pronto estoy frente a un rubiote que me observa con toda pinta de quererme devorar. Vamos que no estoy hablando de Paúl Walker el buenon de Fast and Furious, pero el tipo alegra bastante la vista y como estoy dispuesta a pasármela en grande decido dejarme llevar y seguirle el juego de seducción.

Mientras estamos en la pista frotándonos mutuamente pienso una vez

más en mi morenito y me siento mal, no debiera estar haciendo esto, pero luego me viene la imagen de él junto a la tipa de senos inflables y se me pasa.

Diez minutos más tarde regreso con mis amigos de muy buen humor. Carlos aún no ha regresado, pero no le doy más vuelta.

«Por mi puede revolcarse con la estúpida esa. No me importa».

Quizás un poco. No lo sé.

¡Emma! —me reprendo a mí misma.

Estoy hecha un lío. Ni yo misma me reconozco.

Adriana me atraviesa con la mirada, pero decido ignorarla. Me termino de tomar el tercer trago de la noche y debo confesar que si está haciendo efecto porque en cuanto me pongo de pie siento la tierra moverse bajo mis pies.

«Creo que no debí beberme ese último trago».

—Voy al baño —anuncio ya de pie.

—Te acompaño —replica Adriana.

—Yo también tengo que ir —añade

Linda.

Entorno los ojos.

¡Puff! Esto se va a convertir en un

tribunal.

No bien hemos llegado al baño cuando la ronda de preguntas comienza.

—¿Se puede saber que estás haciendo?

—Adri no empieces por favor mira que la cabeza me está martillando —me quejo.

—¡Pero estás loca! —chilla Linda —, cómo puedes estar restregándote así con un tipo que ni siquiera conoces.

Entorno los ojos y me giro hasta estar frente a ambas.

—A ver, ¿ustedes no tenían que

hacer pis?

—No me vengas con tonterías que sabes muy bien de lo que estamos hablando —dice Adri—. No se supone que ibas a buscar a Carlos, yo pensaba que querías disculparte...

—Y tenía la intención, pero cuando llegué el muy idiota se la estaba pasando bomba con una regalada —la corto porque no me parece que estén aquí ametrallándome a mi cuando él anda por ahí de lo más campante.

—¿Y te molestó? —inquire linda con cierta incredulidad o sorpresa.

—¡Para nada! —clamo y ambas me miran con cara de no creerse ni mu de lo que estoy diciendo.

—¡Emma por Dios! Estás hablando con nosotras, no puedo creer que nos creas tan estúpidas como para no ver que esto te afecta —prosigue Adri—. Sobre todo, porque todos sabemos lo tuyo con Carlos.

—¡Si! Me molesta —confieso—. Me molesta que se ande frotando con esa Ariel siliconada.

—Pues entonces, ¿por qué sencillamente no sé lo dices? —inquire

Linda—, es obvio que él estaría más que encantado.

—yo no estaría tan segura.

—Pero bueno, vamos a ver. ¿Te gusta o no te gusta Carlos? —me demanda Adriana—. Y no me vengas con cuentos que ya estoy hasta aquí... —levanta la mano y se la pasa sobre su cabeza—... que me digas lo mismo de siempre.

—No veo porque lo preguntas si ya sabes la respuesta.

—No importa lo que yo sepa sino lo que tú quieres. O te gusta y decides

decírselo y terminar con esta locura de verlo a escondidas como si fueran amantes secretos pese a que todos sabemos que llevan meses saliendo o sigues tu vida amargada por lo que un día te hizo el desgraciado de Antonie...

—¿Quién es Antonie?

Ambos nos giramos hacia Linda y en conjunto respondemos.

—Es una larga historia.

Adriana me lanza una mirada interrogativa.

—¿Qué decides?

La miro, pero no le respondo. Llevo

toda la noche hecha un lío y encima ahora la cabeza me da vueltas. No sé qué diablos fue lo que le pusieron a esa bebida, pero sea lo que sea me tiene mareada y con dolor de cabeza.

Necesito refrescarme y tomarme una botella de agua.

Hago lo primero y me retoco a mitad el maquillaje y al salir del baño les digo a las chicas que se adelanten a la mesa mientras voy por una botella de agua.

No bien he dado varios pasos cuando otra vez una mano me sujeta

fuerte, tira de mí y me estrello contra su pecho.

No, ¡¿otra vez?!

CAPITULO 5

—Oye preciosa, ¿por qué no terminamos lo que empezamos hace rato? —inquire en un tono demasiado empalagoso para mi gusto.

Es el chico de la pista, me suelto de su agarre y con una mano lo empujo.

—Lo siento mucho guapo, pero no, solo nos estábamos divirtiendo, pero

nada más, de ahí no va a pasar.

El rubiote de ojos verdes se acerca y me susurra al oído.

—Pensé que te gustaba como tú a mí y que tal vez podíamos llevar esto a la velocidad superior.

¡Wepa! Este no pierde el tiempo.

—Siento mucho haberte dado una imagen equivocada pero no estoy disponible.

El tipo se separa de mí y me mira sin creerse lo que digo, yo tampoco termino de creer lo que acabo de decir. Él se ve muy bien, hasta parece

simpático en otra ocasión ya le hubiera dado mi número.

Si, definitivamente tengo que hablar con Carlos, el morenito me tiene descolocada por no decir trastornada.

—En otra ocasión quizás —me dice con una sonrisa seductora luego gira sobre sus pasos y se va.

Llego a la barra pido una botella de agua, mientras espero miro alrededor en busca de mi pecado mortal, para mi suerte y paz mental, lo visualizo de pie en nuestra mesa sin la sirenita de quinta. El barman me pasa la botella y me alejo

un poco hacia la esquina mientras tomo un largo sorbo, me recuesto en la pared más cercana y trato de organizar mis pensamientos y sentimientos antes de hablar con Carlos.

Es un bueno muchacho, trabajador. Ha demostrado ser un amigo solidario, con el que se puede contar.

Lo conozco de toda una vida. Él tiene su récord de mujeres acumuladas, pero vamos que yo no he sido una santa precisamente, además nos llevamos muy bien, por lo menos en la cama, aunque tendríamos que descubrir que tal

funcionaria fuera de ella.

—¡Hola preciosa! —me saluda Antoine sobresaltándome y sacándome de mis pensamientos.

Lo observo de los pies a la cabeza y tiene toda pinta de haber bebido más de la cuenta.

—¿Qué quieres? —inquiero en un tono seco.

Él se para frente a mí y en un tono suave y una sonrisa que hace años atrás resultó mi perdición me dice.

—Saludar a una vieja amiga.

Venga ya... ¡otra vez con lo mismo!

—Bien, ya has saludado, ya puedes marcharte —replico irritada.

—Uiii ¿y desde cuándo eres tan arisca?

—Desde que te tengo cerca.

Me despego de la pared e intentó pasar, pero él muy idiota me impide el paso. Me muevo por el otro lado y el imita mi gesto y vuelve a bloquearme.

Levanto la vista y lo miro directamente a los ojos.

—¿Estás ensayando un nuevo pase de baile o eres retardado mental y no entiendes que quiero pasar?

Efectivamente debe ser retardado porque el muy idiota se ríe enseñando todos sus dientes a la vez que da un paso hacia mí y con voz seductora murmura.

—Anda, no seas así, ven y baila conmigo, por los viejos tiempos.

Le dedico una sonrisa cómplice en el momento que le agarro la tela de su camisa y con actitud chulesca le digo:

—A ver cómo te lo explico, preferiría convertirme en rana o servirle de carnada a Jack el destripador antes de bailar contigo.

Su sonrisa se evapora de su rostro y

sus ojos se convierten en un gris metálico que me atraviesan.

Me toma por la muñeca con una fuerza bruta al límite que casi me hace gritar de dolor.

—Veo que sigues siendo igual de mal hablada.

—Y tú sigues siendo igual de patán.

—No te hagas la estrecha conmigo —me dice con la voz endurecida a la vez que me dedica una mirada amenazadora—. Te he observado toda la noche retozando con esos dos idiotas y a mí ni siquiera quieres dedicarme un

baile.

Le mantengo la mirada y con un tono de burla le respondo:

—Después de todo no eres tan lento para captar las cosas. Ya que lo has entendido tan bien porque no me sueltas y te vas al diablo.

Mi respuesta lo enfurece al punto de perder los nervios y agarrarme por el pelo, tira de el con fuerza al mismo tiempo que me hace retroceder hasta pegarme nuevamente de la pared, yo lanzo un chillido de sorpresa.

—Suéltame imbécil que me estás

haciendo daño.

—No te hagas la sumisa conmigo, sé perfectamente que te encanta lo rudo. ¿O ya no recuerdas cuando nos encerrábamos en el cuarto de borradores y me pedías a gritos que te azotara, que te la metiera duro? —inquieta cerca de mi rostro y el olor apestoso de alcohol me revuelve el estómago.

—No, no le he olvidado, como tampoco he olvidado cuando te dije que estaba embarazada y fuiste tan cretino como para preguntarme si estaba seguro que fuera tuyo.

—Eso fue en el pasado, era un muchacho y no sabía lo que quería, pero las cosas son diferentes ahora —replica y después posa la mano que tiene libre sobre mi muslo y empieza a deslizarla hacia arriba lentamente.

Me pongo rígida. Me da asco su toque. Y encima no llevo ropa interior.

—Mira que eres un cabrón mentiroso, si de verdad hubieras cambiado, hubieras comenzado disculpándote por haber sido tan miserable.

—Lo siento, te sirve eso.

—No, no me sirve y tampoco me importa —digo con la respiración acelerada—, y si antes hubiera hecho cualquier cosa para ser tuya y estar contigo, hoy en día preferiría mutilarme la vagina antes de permitir que vuelvas a ponerme un solo dedo encima. Así que apartarte y no me hagas repetirlo dos veces.

Pero no es necesario que lo repita porque no bien he terminado la frase cuando Carlos se acerca y agarra a Antoine por detrás furioso.

—Quítale tus asquerosas manos de

encima —le dice antes de separarlo de mí y lanzarlo en la dirección opuesta.

Luego se gira hacia mí y con sus ojos llenos de preocupación me pregunta:

—¿Estás bien?

Asiento.

No sé en qué momento llego, pero se lo agradezco.

—¡Oye lameculos! —grita Antoine al pararse detrás de Carlos—. ¿Por qué mejor no te metes en tus asuntos que esto es entre ella y yo?

¡De verdad! El muy idiota no

aprenderá nunca.

Carlos aprieta la mandíbula, creo que para no partirle la cara al mequetrefe este y tumbarle todos los dientes, se gira muy despacio y lo enfrenta.

—mira muñequito de pastel, ¿por qué mejor no usas la única neurona que te queda y sales pitando de aquí? —le dice todo sin perder la calma.

—¡Pero serás anormal! O, ¿eres de entendimiento lento?

No entiendo cómo es capaz de hacer esa pregunta cuando el único anormal

aquí es él.

—Te voy a dar un consejo: no te sientas muy especial porque le echaste un polvo rápido contra la pared, no eres ni el primero ni el último —dice y le da un empujón que hace a Carlos retroceder un paso, pero no pierde el equilibrio.

¡Pero será hijo de puta!

Y así es como todo sucede a la carrera. Carlos se abalanza sobre Antoine, le da un puñetazo en plena cara que lo hace caer.

Las personas que están a nuestro alrededor empiezan a abrirse paso en

medio de gritos de histeria de las mujeres.

cuando mi ex se levanta se pasa el dedo por el labio inferior para quitar el poco de sangre que ha brotado, esboza una sonrisa retorcida antes de tirarse encima de Carlos y empotrarlo contra la pared, levanta el puño al aire preparado para devolverle el golpe al morenito pero Carlos levanta la pierna y le propina tremendo rodillazo en el estómago, Antoine se dobla sobre sí mismo, pero Carlos no se contenta con eso, lo agarra por la solapa de la camisa

y le da otra trompada en la cara, Antoine cae al piso y mi pecado mortal aprovecha su momento de confusión, se sienta sobre su pecho, con una mano le agarra la camisa y con la otra, le da un puñetazo tras otro.

—¡Basta! —grito—. ¡Lo vas a matar!

Pero Carlos no me escucha, parece poseído por los mil demonios y continúa machacando al idiota de mi ex quien ya tiene el rostro teñido de rojo.

Nunca lo había visto perder los nervios de esa forma.

Antoine quiere defenderse tratando de agarrarle las manos a Carlos para que este lo suelte, pero creo que los tragos y los golpes lo han aturdido porque no tiene la fuerza suficiente para poder quitárselo de encima. Por suerte llegan los chicos de la seguridad y los separan: un moreno alto agarra a Carlos y lo aleja de Antoine y un tipo rudo, que no es el mismo de la entrada levanta a Antoine del piso.

Ambos son arrastrados con dirección a la salida y yo los sigo muy de cerca.

Una vez en la puerta, los seguratas los lanzan a la calle y el moreno corpulento les informan que no pueden volver a entrar en el club.

No puedo creer que esté pasando esto.

Me acerco a Carlos presa de los nervios, creo que me tiembla todo el cuerpo, aunque no sé si es por los nervios o por la rabia.

—¡Serás bestia! —le grito molesta y él me mira con los ojos bien abiertos, parece sorprendido de mi actitud—. ¿Cómo se te ocurre agarrarte a golpes de

esa manera?

Sé que el miserable de Antoine se lo tenía merecido, pero es que Carlos se ha pasado.

Carlos me mira con los ojos entrecerrados a la vez que abre y cierra su puño mientras gira su muñeca.

Lo miro y todavía me cuesta creer que haya salido sin un solo golpe, aunque tenga los nudillos ensangrentados.

—Por si no te has enterado, lo he hecho por ti. El tipo te estaba manoseando y no voy a permitir que

nadie te trate así en mi presencia.

—¡Pero las cosas no se arreglan así! ¡Estás loco! ¿Cómo pudiste ser tan animal?

Carlos camina los dos pasos que nos separan y con el gesto desencajado y la voz endurecida me dice:

—Tienes razón, estoy loco, loco por creer que en algún momento tú me mirarías diferente y que sería algo más en tu vida que el hombre que te hace vivir increíbles orgasmos. Está noche me he agarrado a golpes con ese tipo y ni quiera sé quién es o lo que tiene que

ver contigo, no lo sé porque no me has dejado entrar en tu vida lo suficiente como para saberlo pero no me importa y lo volvería a hacer para defenderte una y otra vez, pero hasta ahí, porque ya me cansé de correr atrás, de tratar de entenderte y seguir tus pasos, me cansé de esperar que debajo de tanta pasión y belleza, haya algo más que un témpano de hielo que se niega a vivir lo que está sintiendo, porque sientes cosas por mí del mismo modo que yo lo hago por ti, la única diferencia es que yo estaba dispuesto a vivirlas intensamente

mientras que tú te niegas a sentir las y digo estaba porque esto... —nos señala a ambos con un gesto de la mano—... sea lo que sea, se terminó.

A penas esas palabras han salido de su boca siento una opresión en el pecho.

Siento que me ahogo. Tengo miedo. Miedo que sus palabras sean ciertas, miedo por los sentimientos que estoy descubriendo hacia él.

Los ojos me pican, respiro fuerte para apartar las ganas que tengo de llorar.

—Carlos... yo...

—¿Sabes qué? Ahórrate tus palabras, ahora mismo estoy demasiado cabreado como para escucharte —me corta y sin más, se aleja dejándome ahí plantada en la acera, en medio de la noche, llena de sentimientos encontrados en el cual predomina, el miedo a perderlo.

CAPITULO 6

—Emma, pero ¿qué ha pasado? —
me pregunta Adri al llegar a mi lado.

—Se ha marchado.

—¿Quién?

—Carlos. Se ha ido. Me ha dejado.

Adriana me observa con el ceño fruncido parece no entender nada.

—¿Qué pasó ahí dentro?

—Antoine se ha puesto pesado y Carlos lo ha dejado medio moribundo.

Me llevo la mano a la cabeza y recojo mi melena con las manos hasta convertirla en una cola. El calor es asfixiante, siento que me falta el aire. Todo me da vueltas.

—Soy una idiota.

—Tranquila, calmante. Ven siéntate aquí —me pide al mismo tiempo que me

ayuda a sentarme en el andén. Ella se sienta con dificultad a mi lado.

—¡Soy una idiota! —vuelvo y repito.

—No digas tonterías. No tengo idea que pasó entre ustedes, pero todo se solucionará, ya lo verás.

—No, nada se solucionará. Y sí, soy una idiota, me puse a gritarle en vez de agradecerle que me defendiera.

—Bueno, nosotras nos caracterizamos por nuestras bocazas, primero hablamos y luego nos arrepentimos. Sea lo que sea que ambos

hayan dicho, seguro ningún de los dos lo pensaba realmente.

—Te equivocas, tú no lo escuchaste, él sintió cada palabra.

Entierro la cabeza entre mis rodillas.

—¡Mierda! —grito al mismo tiempo que niego con la cabeza.

Al cabo de unos segundos levanto la cabeza, miro a mi mejor amiga y con tristeza le confieso.

—Tenías razón, llevas meses pidiéndome que aclare las cosas con Carlos y que dejara todo lo vivido con

Antoine donde pertenece, en el pasado, pero soy tan terca que me negué a hacerte caso y ahora que me ha mandado al diablo, no quiero que me deje.

—¿Y qué haces aquí sentada boba?

—¡Estas chispada! ¿Es que no escuchaste todo lo que te acabo de contar?

Adriana entorna los ojos y con una sonrisa empática me dice:

—Lo que quiero decir es, ¿qué haces aquí sentada lamentándote en vez de ir a buscarlo y arreglar las cosas?

Por un momento la miro como si

estuviera loca, pero luego lo pienso y se me ilumina la vida al ver que tiene razón.

Me levanto de la acera con mucho entusiasmo y la ayudo a ponerse de pie.

—Tienes razón, lo voy a llamar.

Adriana sonrío y yo imito su gesto.

—Vamos a buscar mi teléfono —le pido y ambas agarradas de la mano nos encaminamos con dirección al club.

Cuando entramos suena a todo volumen “love is Gone” de David Getta y el sonido me revienta un poco la cabeza.

Llegamos hasta la mesa y todos me miran entre la expectación y el reproche. Decido no hacerles caso y agarro mi teléfono, pero la música está tan alta que no escuchare nada por lo que agarro mi bolso y voy hasta el recibidor, marcó su número, suena, suena y suena, pero como era de esperar cuando alguien te manda al diablo, no contesta.

Vuelvo a intentarlo y es el mismo resultado.

Me desespero.

En cuanto me giro para regresar a la mesa, me topo de frente con el grupo.

Respiro hondo y miro a Maximiliano porque él es el mejor amigo de Carlos, por lo cual es el único que puede ayudarme.

—Mira sé que la he cagado esta noche...

—¿Esta noche? —inquire escéptico.

—Está bien, la he cagado en varias ocasiones, pero esta vez quiero arreglar las cosas. Necesito que me hagas un favor.

No parece muy conforme, pero asiente.

—Carlos no me responde el teléfono, quiero que lo llames para saber dónde está.

Maximiliano saca su teléfono del bolsillo y le marca. Al cabo de unos segundos respiro aliviada cuando este le dice a su interlocutor.

—Me acabo de enterar lo sucedido y quería saber si estabas bien.

Escucha la respuesta que a mi parecer es la más larga en la historia de todas las llamadas telefónicas y luego añade:

—¿Necesitas que vaya?

Vuelve a escuchar mientras va asintiendo con la cabeza para sí mismo.

—Está bien. Ya hablaremos. — replica y luego cuelga.

—¿Dónde está? —pregunto sin ocultar mi interés y nerviosismo.

Me mira con desconfianza, creo que se debate entre sí decirme o no donde se encuentra su amigo y no lo culpo.

—Me lo debes —le advierto al ver su indecisión.

Él asiente, sabe que tengo razón. Cuando conoció a Adri, yo fui quien la alentó a salir con él y luego cuando todo

se fue al demonio, decidí volver a apoyarlo.

—Está en el Venus.

Abro los ojos como platos.

¡Pero será idiota!

No puedo creer que en vez de irse a su casa se haya ido a un bar de stripper.

¿Qué diablos hace en un cabaret de mala muerte?

“Emma no vayas por ahí porque si empiezas por ahí en vez de arreglar las cosas, terminarás empeorándolas”.

—Me dijo que no te dijera nada, así que por favor no hagas que me

arrepienta de haber traicionado la confianza de un amigo.

Esta vez es mi turno de asentir.

—Gracias.

—Vas a ir a buscarlo —inquire Miguel.

—Si.

Miguel hace un salto de Aleluya, se acerca y dice:

—Ay mamacita, ahora es que el chile le va a poner sabor al caldo.

Nos repartimos en los diferentes coches y quince minutos más tarde estamos frente al Venus.

Cuando entramos, el lugar está casi a oscuras.

—Bienvenidos al Venus —nos dice una mujer de unos cincuenta y tantos enlatada en un vestido de cuero negro con una sonrisa dibujada para todos los clientes—, les ofrezco una mesa.

—No gracias, solo vinimos a buscar a un amigo —responde Maximiliano y agradezco su respuesta, en lo que a mí me concierne espero que salgamos rápido de aquí. Este lugar me da cierta repulsión.

No hay mucha gente, cuatro clientes

en el bar sin contar las dos chicas detrás de la barra, varios clientes repartidos por las mesas alrededor del local.

En total debe haber unas veinticinco personas sin las empleadas. Hay una pechugona, rubia en el escenario bailando sobre un tubo, ni para que decir que está medio encuerada.

Trato de acostumbrar mis ojos a la poca luz y ubicar a mi pecadito mortal, lo cual no se me hace difícil. Lo visualizo en una de las mesas sentado en un sillón de velour rojo muy entretenido con una morena que lleva puesto lo que

al parecer es un bikini dorado, haciéndole un baile exótico entre sus piernas.

La escena me llena de rabia y aprieto los dientes. Mi primer pensamiento es marcharme del local y dejar las cosas como están, pero el simple hecho de pensar que podría terminar en la cama con la modelito de cuarta o cualquier otra me enfurece aún más.

Respiro hondo, me lleno de coraje y me encamino hacia ellos, me paro al lado del sillón y le digo.

—Carlos tenemos que hablar.

El apelado levanta la mirada de las tetas de su acompañante y me mira sorprendido antes de recuperase de su asombro, resoplar y volver a lo suyo.

—Carlos —vuelvo a llamarlo—. Tengo que hablar contigo así que pídele de favor a tu acompañante que se retire.

—Estás loca, pague un dineral para tener este baile y no pienso perdérmelo, además no sé qué haces aquí cuando te deje muy claro que no tenía más nada que hablar contigo.

Abro los ojos estupefacta.

¿Pero quién coño se ha creído?

La tipa esboza una sonrisa de superioridad que hace que mi cabreo crezca a un nivel superior.

Me dan ganas de abofetearlos a ambos, pero sobre todo a él por descarado, sin vergüenza.

Respiro hondo una vez llenándome de paciencia, vine con un propósito y pienso conseguirlo.

—Quizás tú no tengas nada que decirme, pero yo sí.

El muy idiota me ignora totalmente y sigue embelesado como tonto

hipnotizado con la morena quien mueve las caderas como serpiente.

No lo soporto más. Que se vaya al diablo y de paso que se lleve a la estúpida con él para que le haga todos los bailes que quiera en el infierno.

Doy media vuelta dispuesta a marcharme de ahí, pero de inmediato recuerdo que no soy una persona cobarde, ni mucho menos me dejo intimidar, ni vencer tan fácilmente, vine a hablar con él y no pienso irme de aquí hasta haberlo conseguido. Con esa determinación regreso sobre mis pasos,

agarro a la morena por un brazo y la aparto de un tirón de sus piernas.

—¡Hey! —se queja ella.

—Ya estuvo bueno de tanto bailecito, ¿por qué mejor no sigues tu demostración de talento en otra parte — le digo.

—Pero ¿tú quién diablos te crees que eres?

—Su mujer —replico de una vez para que no le quede la menor duda—. Así que piérdete.

La morena me mira, pero le lanzo una mirada de no jodas conmigo que no

estoy de humor, por suerte para ella lo capta y se va.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

Ignoro su pregunta, pongo mi bolso sobre la mesa al lado de su cerveza, me coloco entre sus piernas, en el lugar que ocupaba antes la morena, coloco las manos sobre sus hombros y con firmeza le digo:

—Quiero hablar contigo y no me pienso ir de aquí hasta que lo haga y si tengo que bailar para que me escuches pues estoy dispuesta hacerlo.

Carlos me mira con los ojos bien abiertos puede que incrédulo sobre lo que voy a hacer.

Para ser sincera hasta yo misma aún no me creo lo que estoy a punto de hacer.

Empiezo a moverme lentamente al ritmo de “Naughty Girl” de Beyonce y Carlos posa sus manos sobre mi cadera deteniéndome.

—Emma, siempre he sabido que eres capaz de hacer muchas locuras, pero no te atreverás...

—Shhh... —lo corto—... me dijiste

que pagaste por un baile y yo te lo voy a dar. Así que solo siéntate y disfruta del show.

Me inclino sobre él y con voz traviesa susurro cerca de sus labios.

—Ah, por cierto... recuerda que no llevo bragas.

Me despego un poco para poder estudiar su reacción y sus ojos se han oscurecido.

Me incorporo y retomo mi bailecito, imitando a Shakira con su baile de caderas, él me mira entre la incredulidad y el asombro.

Me acerco y me siento sobre sus piernas y restriego mi trasero contra su polla despacio a la vez que tomo sus manos y las paso sobre mis muslos.

Escucho como su respiración se empieza a acelerar.

Me levanto llena de nervios y me alejo unos pasos contoneando mis caderas, deslizo mis manos sobre mi cuerpo de forma provocativa mientras dejo que sus ojos hambrientos, libidinosos me envuelvan y se lleven los nervios, dejando lugar a la confianza.

Me gusta que me mire así, como

león dispuesto a saltar en cualquier momento sobre su presa.

Puede que todo el club me esté mirando, pero no me importa, esta es mi redención, mi forma de demostrarle lo mucho que me importa.

Llevo mis manos hasta el cierre de mi vestido y sin quitar los ojos de los suyos, empiezo a bajarlo lentamente.

Él se pone de pie, se acerca a mí y detiene mi movimiento.

Respiro aliviada porque, aunque no estoy segura hasta donde estaba dispuesta a llegar, me alegro no haber

terminado con el culo al aire en un bar de mala muerte delante de una balsa de babosos.

—Querías mi atención, bien, ya la tienes. ¿Qué es lo que tienes que decirme? —inquire arisco.

Trago saliva mientras me mira detenidamente.

Estaba tan absuelta en convencerlo para que me escuchara que ni siquiera me pare a pensar en lo que le iba a decir.

Lo observo, sé que tengo que decir algo. Abro la boca, pero las palabras se

quedan atoradas en mi garganta.

Carlos cierra los ojos al mismo tiempo que sacude la cabeza.

—Ves, esto no tiene sentido —dice y luego gira sobre sí mismo y empieza a caminar.

—El tipo de la disco es mi ex —gritó a su espalda.

Él se detiene durante unos segundos, pero no se voltea. Agarro mi bolso y me acerco a él.

—Fuimos novios en el instituto, las cosas no salieron bien y terminamos en muy malos términos —prosigo una vez

frente a él—. Tenía mucho que no sabía de él y verlo esta noche me ha perturbado.

—No me interesa —replica manteniendo su postura rígida.

—Pero pensé que querías saber...

Mi voz se apaga, ya no sé qué más a hacer para que me escuche.

—No me interesa saber nada que tenga que ver con ese tipo o con todos los hombres con los que te has acostado.

—Está bien, si es lo que quieres — digo con un hilo de voz dispuesta a dejarlo tranquilo y marcharme de aquí a

llorar mi miseria en otra parte.

—No me interesa porque para mí todo eso es irrelevante, lo único que deseo saber es qué es lo que quieres tú conmigo.

Lo miro esperanzada y decido ser sincera.

—Me gustas... me gusta mucho.

—Eso lo sé, sino no te acostarías conmigo.

Bien, lo entiendo. No es suficiente y como sé lo que quiere escuchar me lanzo.

—Quiero que lo intentemos —

confieso—, no digo que vaya a ser todo color de rosas y bombones, pero deseo vivir estoy que siento por ti y ver hasta dónde nos lleva está locura.

Sus ojos se oscurecen, se queda callado y mi respiración se acelera ante la incertidumbre. La bola está de su lado. Nunca había estado tan nerviosa.

—¿Se acabó el tener que salir de tu casa cómo ladrón a media noche? —inquire al cabo de unos segundos.

—Sí, se acabó. Puedes quedarte a dormir, es más, lo estoy deseando.

Su mirada se iluminada al mismo

tiempo que una sonrisa sincera y tímida se apodera de sus labios.

Él pasa su mano por mi cintura y me acerca a él reduciendo los pocos centímetros que nos separan y en tono divertido me pregunta:

—¿De verdad ibas a mostrarle tu trasero a todo el club solo para que te escuchará?

—No, que va, sabía a ciencia cierta que no ibas a permitir que nadie viera lo que te pertenece —respondo en medio de una sonrisa de victoria ya aliviada, me gusta ver que lo he recuperado, que

ha vuelto coqueto y juguetón.

—¿Entonces quieres ser mi mujer delante de los ojos de todo el mundo y permitirme hacer de ti una mujer de bien?

«¿Qué es eso de hacer de mí una mujer de bien?».

¿Se puede ser más arrogante?

Lo empujó ligeramente y sin poder evitarlo me río.

—Eres un pretencioso.

—Puede, pero ahora sé que estás loquita por mis huesos y puedo permitírmelo —me responde con una

sonrisa pícaro antes de cubrir sus labios con los míos y es la gloria. Este es un beso diferente a todos los que nos hemos dado hasta ahora, suave, lleno de ternura, sin prisas; me estremece. Lo saboreo despacio y disfruto de la calidez de su boca y del mar de sensaciones nuevas que me provocan sus besos.

Me gusta.

En el camino hacia su apartamento le digo:

—Mañana voy a visitar a mi mamá para mi cumpleaños, ¿quieres

acompañarme?

Él se gira en el asiento del piloto y con una sonrisa traviesa me responde.

—No lo sé, ¿estarán tus hermanos?

—Sí, los tres.

Me carcajeo ante el semblante de pánico que muestra su rostro. Mis hermanos son tremendos y sumamente protectores, conocen a Carlos desde hace mucho y se van a quedar en una sola pieza cuando lo lleve a casa como mi pareja, sobre todo porqué nunca he llevado a un hombre a casa de mi madre.

Carlos lo piensa durante unos

segundos por un momento tengo miedo de haberme precipitado hasta que me dedica una larga mirada a la que no estoy acostumbrada. Él siempre me mira con lujuria y deseo, ahora sus ojos llenos de brillo me penetran hasta ponerme la piel de gallina.

—Puede que me maten, pero tú mereces el riesgo.

Sonrío encantada y emocionada como hace mucho tiempo no lo he estado.

Muero por llegar a casa donde estoy segura que haremos el amor, no solo

como me gusta, sino que despacio, tomándonos todo el tiempo, hasta que salga el sol.

Me acomodo en el asiento del copiloto y suspiro relajada.

¡Qué noche! Estoy segura que no pudo terminar mejor.

«Feliz cumpleaños años Emma».

No se permite la producción total o parcial de este libro; ni su incorporación a un sistema informático; ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico; mecánico, por fotocopia; grabación u otros sin permiso previo y por escrito de la autora con la ley de derechos de autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Diseño de portada: China Yanley

© imagen PIXABAY

© Indhira Jacobo, 2016

Revisión de estilo: Liliana Montero

Biografía

Indhira Jacobo tiene 31 años y vive en Santo Domingo, República Dominicana. Casada, con 2 hijos, siempre ha sido una amante empedernida de las novelas románticas. Se denomina a sí misma como: come libros.

Encontrarás más información de la autora y de sus obras en:

www.faebook.com/indhiraJacoboa1

NOTAS

- [1] Tema musical de Moulin rouge.
- [2] The Black Eyed Peas
- [3] Lenguaje coloquial para decir de lo que soy capaz